

## *Hernán Lavín Cerda*

### Angel Rama y la nueva mirada

Me parece estarlo viendo en el Congreso Nacional de Santiago de Chile, durante el mes de agosto de 1969, y con motivo del Encuentro Latinoamericano de Escritores. Una situación casi inverosímil, una realidad insólita. Esa mañana, los parlamentarios recibieron en pleno a los intelectuales de Hispanoamérica, a fin de escucharlos y dialogar con ellos. Sólo recuerdo algunas intervenciones: la del poeta chileno Humberto Díaz Casanueva, la del poeta y novelista ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, la de los narradores y ensayistas uruguayos Carlos Martínez Moreno, y Angel Rama; reaparecen en nuestra memoria junto a otros rostros entrañables: Rosario Castellanos, Juan Rulfo, Leopoldo Marechal, Marta Traba, Juan Carlos Onetti, y David Viñas.

Quisiéramos recordar, en detalle, la sorprendente exposición de Angel Rama, pero esta memoria no es tan fiel como debiera serlo. Recorro entonces a la nebulosa de las ideas generales, aunque no por ello menos importantes. Rama fue tejiendo una improvisación que de improvisación no tuvo nada, como si fuese una araña que conoce el camino desde siempre: un tejido perfecto, respetuoso de la respiración de su propia sintaxis, y manteniendo las pausas a través de los puntos y las comas que caían desde el aire. No hubo nada escrito esa mañana. Un discurso de estructura más bien clásica, pero al mismo tiempo un ímpetu de naturaleza romántica. Equilibrio y desequilibrio: arborescencia de relaciones que parecían dispararse con rumbo desconocido, aunque siempre retornaban al núcleo desde donde salieron disparadas por esa perpetua ebullición del pensamiento que fue Angel Rama.

Una misma preocupación envolvente en sus palabras: ¿cómo lograr que en América hispana se consoliden, alguna vez, los postulados de una verdadera democracia, con la absoluta participación de las mayorías y las

minorías? ¿Cuándo erradicaremos a las dictaduras con su despotismo ciego, cruel, habitualmente no ilustrado? ¿Cuándo saldremos del analfabetismo, la miseria crónica, la falta de asistencia médica, la injusticia endémica, la persecución al que disiente? ¿Hasta cuándo soportaremos la falta de una educación o, mejor dicho, de una imaginación sin límites que pueda desactivar o reactivar nuestros principios educativos? ¿Cuándo abandonaremos el estilo de la egolatría o del autoritarismo que nos destruye de manera ignominiosa? En sus palabras, Angel Rama no hizo más que continuar con el ideario independentista; mientras oíamos su voz firme y segura, pensábamos en Juan Montalvo, Manuel González Prada, Justo Sierra, Enrique José Varona, Eugenio María de Hostos; todos ellos, herederos de Andrés Bello y de José María Heredia; de Domingo Faustino Sarmiento y de Bartolomé Mitre. ¿Y cómo olvidar a José Martí? Rama era la síntesis del pensamiento libertario y democrático; era, sin duda, la continuidad, el tránsito normal hacia la fundación de sociedades latinoamericanas más igualitarias y más libres, donde habría de esfumarse para siempre el poder absolutista que sólo se sostiene sobre el dolor secular de los pueblos. Con su calvicie aún incipiente, me parece estarlo viendo desde un rincón del Congreso Nacional: un estallido de ideas, un hilado complejo y enriquecedor. Lo veo y lo escucho, quince años después, desde México: me recuerdo escuchándolo con asombro creciente, como imagino que debió ocurrir con cada uno de los que estaban allí esa mañana. Ritmo casi febril en cada frase: audacia sonora, pluralidad y riqueza del sentido. Hijo del modernismo, al fin y al cabo, y promotor de las nuevas escrituras, aquellas que se construyen a partir de los espacios conquistados por los poetas más visionarios en su labor cotidiana.

### *Gula no consumada*

Un poco antes de que terminara el Encuentro, me atreví a visitarlo y le entregué una copia de *La gula* en la cual se reunían textos en verso y prosa que fueron publicados, ocho años después, en dos volúmenes: *Los tormentos del hijo* (Edit. Joaquín Mortiz, México 1977) y *El pálido pie de Lulú* (Edit. Premiá, México, 1977; segunda edición en 1979).

—Déjame leer tus originales —me dijo—: los leeré esta misma noche, te lo aseguro. ¿Por qué no vuelves pasado mañana y conversamos?

Así lo hice. Le dejé los textos y regresé a mi casa, la vieja casa verde de Asunción 221, a unas pocas cuerdas del cerro San Cristóbal. Aquellas horas se me hicieron interminables hasta que llegó el día y volvimos a vernos. Vestía una camisa de lana color tabaco y estaba despeinado: son-

reía de un modo malicioso. Agudo en su mirada, dijo por fin algunas frases:

—Has escrito dentro de una gula no consumada; no lo tomes como un juego de palabras. Tu gula parte desde la sintaxis misma. Gula, a veces hija del hipérbaton o del rodeo infinito. Una fiesta donde el lenguaje acaba por derretirse, se va licuando y la satisfacción no llega. También parecen derretirse tus personajes, esas sombras que deambulan sin rumbo fijo. Absurdo buñuelesco, fellinesco, figuras dalinianas. ¿Y por qué tanto miedo?

—No sé —dije tímidamente—, aun cuando no creo que sea miedo: quizá esas figuras se muevan en un ambiente parecido al miedo, en cierta atmósfera de crueldad donde, a su modo, el miedo existe como un simulacro sin límites.

Angel Rama permaneció en silencio durante unos segundos. Se levantó de la silla, fue a buscar un vaso de agua y al fin dijo:

—¿Te gustaría que publicáramos tu libro en Montevideo? La editorial Arca está dispuesta a publicar a los nuevos autores y uno de sus propósitos es la difusión de aquella literatura que provoca alteraciones o cambios dentro de la tradición.

Confieso que se me entró el habla. No supe qué decirle. Debo haberle respondido con alguna tontería. Está bien, creo que dije, está muy bien. Hasta ese instante no había tenido ningún ofrecimiento editorial.

—Termina de corregirlo —dijo— y me lo envías al Uruguay. ¿De acuerdo?

—Está bien —dije y nos despedimos—: te lo mandaré cuanto antes.

Ese mismo día concluyó el Encuentro y los escritores empezaron a irse. Rama partió a Buenos Aires y de allí a Montevideo. A los veinte días le envié la versión definitiva de *La gula*; las correcciones, en realidad, fueron muy pocas. Pasaron varios meses y de pronto recibí una breve carta suya en la cual me informaba que las cosas se habían puesto difíciles: “Haremos lo posible por sacar tu libro, aunque no debiéramos hacernos muchas ilusiones. La situación económica es cada vez peor; la presión y la represión social aumentan. Nadie sabe qué ocurrirá finalmente. Por ahora te sugiero que hagas una selección de tus textos para publicarlos en *Marcha*. Reúnelos bajo una presentación que pudiera escribir alguien que los conozca y tenga verdadero interés por ellos...”

Todo volvió a nublarse. Sin embargo, como pude, hice la selección y se la entregué al novelista Antonio Skarmeta, quien escribió una especie

de exégesis en la que se reiteran algunos conceptos: crueldad paródica, arrebató lúdico, absurdo desde las profundidades de un lenguaje que representa, de modo descalabrante, la mascarada de una realidad no menos absurda. Simulaciones y simulacros, tics, gestos imprevisibles e indescifrables, gratitud en el idioma de las máscaras. Por otra parte, desequilibrio de sentimientos y significados a través de torceduras sintácticas. Explosión, en una palabra, desde las profundidades más orgánicas del lenguaje convertido en carnaval sin límites.

Esos textos viajaron al Uruguay y fueron publicados, finalmente, en la revista *Marcha*; por desgracia, extravié el ejemplar que me llegó desde Montevideo. Cuando me vi en la necesidad de abandonar Chile, todo eso se perdió: familiares, libros, imágenes de infancia, sonidos callejeros, olores, recuerdos, palabras, olvidos, números, gritos, manifestaciones estudiantiles, poemas órficos —fulgurantemente oscuros— o apolíneos, de una claridad argumental e imaginaria que, de tan equilibrada, podía tocar los límites de la alteración. Se perdió la tierra común, perdimos el azar del origen por unos años, unos ya largos años.

### *Diáspora interminable*

Volvimos a vernos a mediados de la década del 70 —si no recuerdo mal—, con motivo de unas jornadas en solidaridad con el pueblo uruguayo que se celebraron en el Museo Carrillo Gil de la Ciudad de México. Como era de esperarse, su intervención fue muy lúcida. Agudo y veloz, casi eléctrico, en el sentido y el sonido: penetrante, lleno de humor, a veces descarnado y terrible. Y de nuevo el engranaje de su cultura ecuménica. Siempre en favor de la libertad más irrestricta. Lo descubrí más calvo: esos cuatro pelos, más allá de la coronilla, luciendo una calvicie juvenil, no, qué digo, luciendo una cabeza llena de cabellos, aunque invisibles, de lucidez extrema. Y el humor, ah el humor, al referirse a las estupideces colosales de los censores de la dictadura. Un vodevil del diablo —como lo hemos repetido tantas veces—: la tragicomedia llevada hasta sus límites; parodia de la tragicomedia convertida, por obra y gracia de sus excesos, en una realidad grotesca y sangrienta.

—Supe que te habías venido a México —me dijo en voz baja—: ¿cómo estás, qué haces, sigues escribiendo? Ya lo ves, andamos dispersos por todo el mundo y pareciera que la diáspora no tiene fin. Andamos como gitanos, de un lado a otro, y nuestro nomadismo es de todos los días. Actualmente estoy viviendo en Caracas, pero no sé qué ocurrirá más adelante. En fin, ya veremos. Qué duro ha sido todo esto.

Fue la última vez que pude verlo. Confieso que sigo fiel a su pensamiento en favor de la transformación social de nuestro continente. *The New York Times*, en diciembre de 1983, publicó un texto de Anthony Lewis, el cual fue traducido por la escritora Cristina Meneghetti bajo el título de *Requiem por una víctima*, y editado posteriormente en *Sábado* (suplemento cultural de *Unomásumo*, de México) el 27 de enero de 1984. En uno de sus párrafos, Lewis sostiene que las ideas políticas de Angel Rama “estaban en sus escritos y eran bien conocidas: era un socialista demócrata, un crítico de la represión a disidentes de la Unión Soviética; también un crítico de la intervención de los Estados Unidos en Latinoamérica”. En efecto; Rama siempre vio con preocupación las tendencias de carácter absolutista, más allá de cualquier principio ideológico. Fue realmente un demócrata. No pretendió que sus verdades fuesen las únicas, aun cuando las defendió con entusiasmo, honestidad y lucidez. Partidario del diálogo y no de la imposición inquisitorial. Optó, como puede verse, por la salida menos fácil. ¿Estaremos a la altura, críticamente, de su acción y su pensamiento?

### *Brújula en movimiento*

Si tuviera que buscar un símbolo, una metáfora, diría que Angel Rama fue una brújula en movimiento perpetuo. La aguja de un sismógrafo. Un investigador incansable, un auténtico viajero que va descubriendo, desde nuevos ángulos, lo sólito e insólito de nuestra literatura, observando el pasado y estableciendo relaciones hacia el futuro. Su vasto conocimiento, le permitía siempre una nueva mirada: descubría lo antiguo con ojos nuevos, y era capaz de penetrar en lo nuevo desde el origen. Su visión era ecuménica y continental; más que eso: era una visión planetaria.

Quisiera reproducir un pasaje de su ensayo *Un nuevo período de productividad narrativa (1964-1981)*, publicado en *Sábado*, el 25 de julio de 1981. En estas líneas puede verse, una vez más, su interés por las nuevas escrituras de América hispana: “Es bien curiosa la situación modernizadora que con tanta fuerza se ha intensificado entre los novísimos colombianos: los tres autores más estimables aparecidos en el último quinquenio, Plinio Apuleyo Mendoza, Luis Fayad, y Rafael Humberto Moreno-Durán, han escrito sus mejores obras fuera del país, en Europa; aunque si por una parte eso les ha permitido una integración flexible y rápida a una escritura de rigores internacionales, por otra parte en nada ha opacado su concentración lúcida y crítica sobre la vida colombiana, que han urgado con furia y con exigencia. En ellos, por lo tanto, se reitera una observación hecha por Mario Vargas Llosa respecto a los escritores perua-

nos, pero que es casi un moelo del continente, desde Alaska a Tierra del Fuego: la producción en el exilio, forzado o voluntario, la necesaria salida de medios cerrados y hostiles para contemplarlos con una perspectiva más amplia, por lo común crítica y aun revanchista, desde el marco de una cultura universal. En esta operación distanciadora no sólo clarifican la visión sino que asumen los instrumentos modernos del análisis e indirectamente se posesionan de su marcada tendencia universalista. Es particular felicidad de los colombianos, hasta el presente, haber logrado un equilibrio entre estas dos dispares fuerzas, de tal modo que sus obras, que se nutren de culturas internas y hasta regionales y las articulan simultáneamente con sistemas expresivos modernizados, adquieren una funcionalidad social (cultural) que quizás no siempre perciben sus propios autores: son fuerzas modernizadoras que ellos enquistan, desde lejos, en el seno de sus propias sociedades como parte de su lucha para transformar la nación a la que pertenecen, modernizarla, ponerla al nivel de la patria temporal a la que todos pertenecemos (este final del siglo XX) sin que por ello pierda la patria espacial sus íntimos sabores, sus ricas tradiciones, su identidad esencial. Esa integración transculturadora (que enseñaron García Márquez y Fernando Botero) es la única que puede evitar los perjuicios del provincianismo, con sus dos caras opuestas aunque en definitiva una y la misma: la regresión conservadora hacia el pasado nacional, repitiendo sus modelos ya fuera de tiempo, o la copia servil, de pueril vanguardismo, de las más recientes modas extranjeras, para tratar de ser modernos y estar al día de la hora universal”.

¿Cuál es la propuesta? La misma que en su tiempo hicieron Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña, por citar sólo a dos destacados intelectuales hispanoamericanos: una visión surgida del mestizaje. Un ojo en las entrañas del continente americano y el otro en las entrañas de todo el mundo. Eso fue Angel Rama, ése seguirá siendo su legado. Una aguja sismográfica. Un espíritu indomable, una sensibilidad ilimitada que vivió para la libertad o la imaginación de nuestra América.